

# La Pacienta y su Cuidador

Miñuca Villaverde

Dibujo: Arturo Rodríguez

Incubadora ediciones

*Salón de consulta de sanatorio de enfermos mentales con puerta de cristal que da a un campo de césped, en donde se ven varias pequeñas edificaciones separadas por pequeños espacios por donde pasean enfermeras acompañando a otros pacientes. La paz reina en el ambiente.*

*Personajes: Mujer de cierta edad, con vestido de flores, bien peinada, bien arreglada.*

*Médico en bata blanca.*

*Enfermero joven que aparece al final de la obra vestido de jardinero.*

*El salón está blanco y muy iluminado.*

*Médico y paciente conversan uno frente a otro ante la mesa del doctor, sentados en cómodas butacas.*

*Él toma nota, a intervalos, de lo que dice la mujer.*

PACIENTA: Eso fue lo que pasó. Se cambió el sofá y todo se vino abajo.

¿Qué por qué se vino abajo todo?

Pues se lo voy a decir. Porque el sofá era largo largo, muy largo. Y ahí cabíamos los dos.

Yo, en un rinconcito, él a todo lo largo con los pies sobre mis piernas.

Sí, señor doctor, cuando se cambió el sofá y entró un butacón ergonómico y no se qué más en aquella casa, yo no tenía en dónde sentarme.

¡De pie, de pie frente a él! “¿Qué quieres, mi vida? ¿Café o café con leche? ¿Cortadito te gusta más?” Y yo de pie. Y el sofá saliendo por aquella puerta a golpe limpio, que era

muy largo y en él cabíamos los dos. Con el sofá se llevaron el pedacito de mi asiento. En donde él, cuando le venía en ganas, me hacía el amor.

Así era como él le decía a eso de tirarse sobre mí en ese pedacito de espacio sin dejarme apenas mover y saciar sus deseos de hombre largo largo. Como el sofá.

Hacer el amor, decía, era algo que los hombres de bien solían y sabían hacer. Los otros, los que no levantaban una cuarta del piso hacían lo que los animales, unas cosas que, señor doctor, no voy a repetir por mi edad. Pero según él eso no era “hacer el amor” (*marca con los dedos las comillas*). Porque él se vanagloriaba de hablar con propiedad. Y por eso cambió el sofá.

*(El doctor alza la vista de sus notas y la mira interrogante).*

Le explico, doctor, ese asiento mullido, decía, en el que caben dos o más personas según lo define el Pequeño Larousse, del 1999 -que a lo mejor ya no lo define así-, y que él tenía como gran tesoro, ese sofá no es propio ya para hacer el amor. Esto decía. Entonces, después de muchos años de matrimonio, de hacer en el sofá lo que él decía ahora no se debía hacer -nunca dio las razones, doctor- lo cambió por un butacón. Para colmo eléctrico. En el que él solo cabía. Y yo de pie frente a él. “¿Cafecito?” De pie, doctor.

Conclusión, hacía café, no el amor. Que aquella butaca no era apropiada tampoco para hacer el amor, (*recalca la frase*) que él seguía hablando con propiedad, no hay que olvidarlo. Y sabía cómo hacerlo. No el amor, que eso se aprende, perdone usted doctor, con el mucho hacer.

Se lo habían enseñado sus padres, el hablar, que venían de tierras lejanas en donde tenían el origen todos los idiomas. De ahí que lo decía en varios: “hacer el amor”, “to make love”, “faire l’amour” y qué se yo qué otros más que ni entendía. Pero en mi tierra a la que no se le conoce el origen todavía se dice de otra manera. De la manera en la que lo dicen los que no levantaban una cuarta del piso, como los llamaba él. Pero no se lo voy a decir, doctor, es impropio de una mujer de mi clase.

Y usted dirá, ¿qué daño me hizo el dichoso butacón además de dejarme de pie todo el tiempo?

¿Quiere que se lo diga, doctor? (*La mujer se acomoda en su silla como para relajarse bien pues se prepara a hacer una confesión*).

Descubrirme mi desgracia, para mi sorpresa. La desgracia de nunca hacer el amor, como bien decía él, como lo hacen esos que no levantan una palma del piso.

¡En una cama, señor doctor, en una cama. O en la cocina. O en el piso. Sí, en el piso! (Se apoya en la mesa frente a ella bien excitada). Pero no insisto, no es propio de mi edad.

(La mujer se calma, estira las piernas y recuesta la cabeza en el respaldar de la butaca en la que está sentada como si escuchara una canción).

O en la yerba...

(Se oye un bolero como si viniera de muy lejos con letra bien romántica):

Hoy tengo ganas de ti... quiero apagar en tus labios la sed de mi alma... y descubrir el amor juntos cada mañana... (la música va desapareciendo)

PACIENTA: (Volviendo a la realidad) Con lo que me gustaba a mí el olor a yerba húmeda y revolcarme, quiero decir, echarme sobre ella, para mirar el azul del cielo, si de día, o las estrellas, si de noche. Eso me vino a la mente, estando de pie junto a él sentado cómodamente en su butacón nuevo. Cuando de pronto oí aquella canción que venía del jardín. Nunca la había notado. Pero cada mañana sonaba. (Mujer tararea al médico parte de la canción):

Fuiste ave de paso

Y no sé por qué razón

Me fui acostumbrando cada día más a ti....Hoy tengo ganas de ti....

Descubrí de cómo el regalo de ese sofá por la boda, con el pedacito de él asignado a mí se llevó al garete los revolcones (perdone, doctor) en la yerba. ¿Usted vio el film *Desayuno en la Yerba*, del pintor? ¡Qué clase de beso se dan esos dos!, y en esa época las cámaras eran difíciles de manejar; hasta fuera de foco se les fue al director la parejita. Eso sí era grande, doctor. ¿O me equivoco de película?

Es que a mí lo de los besos en el cine me atrae. ¿Sabe lo que pasa?, se lo debo confesar, aunque me dé pena, besar en aquella esquina del sofá era difícil, doctor. Pero engendrar no. ¿Por qué? Porque entonces los pies de él se quitaban del camino y a horcajadas yo sobre él, qué pena contarle esto, doctor, se engendraron uno, dos, tres, cuatro y cinco niños.

*(Hace una pausa y el médico sonrío y se inclina en la mesa hacia ella esperando que siga la historia, más interesado en ésta como espectador que como médico.)-*

*(La mujer cambia el tema de los engendros, apenada):*

Un día el jardinero nuestro, el que ponía en la mañana su radio *(hace otra pausa para decir)*: -ése sí era del campo-, me dijo, “usted está condenada de por vida a ese rincón. Ya no encontrará otro lugar en donde poner sus posaderas, con perdón de la palabra, señora”, aclaró, que era muy respetuoso conmigo. “Porque un sofá es eso”, explicaba, “un lugar que conoce bien sus posaderas, que las envuelve, las acaricia. Los sofás tienen ojos y saben cuándo es su dueño el que se les sienta encima. ¿O no se acuerda?”, me siguió diciendo aquel hombre que por joven no dejaba de ser sabio, y buen mozo, doctor. “¿No se acuerda de cuando aquella sirvienta gordita y de pechos grandes, -y volvía a excusarse debido a la mención del pecho-, se sentaba en su rincón para acomodar los cojines?”

Y yo, con los ojos bien abiertos lo miraba y no entendía qué me quería decir. Luego me explicó que el sofá en venganza se hundía por un lado y se salía por el otro, deformándose. Y bajándose su gorra de jardinero hasta las mismas cejas, como para cubrir el rostro por pena vaya usted a saber, me dijo categóricamente, “porque no era su culo, señora, ése, el de usted era el que el sofá quería. Como dice la canción, señora: hoy tengo ganas de ti... lléname de ti...”

Esta vez no pidió perdón por emplear la palabra culo pero lo atribuí a que no levantaba un palmo del piso, como decía mi marido, y no hablaba con propiedad. Aunque lo levantaba a decir verdad, su cuerpo recordaba la esbeltez de más de una planta. No me mal entienda, doctor, que a mi edad todos se ven como hijos y nada más.

*(Saca de su bolsillo un espejito, se mira y se acaricia el rostro y sonrío y continúa el recuerdo de la conversación del jardinero).*

Era cierto lo que me contó, el sofá quedaba hecho un desastre al otro día de venir ella a limpiar. Lo que no sé por qué tenía que sentarse en mi rincón para acomodar los cojines. La suerte es que cuando lo hacía dejaba de venir nueve meses, parece que engendraba, como yo.

“Los efluvios del sofá”, me decía el jardinero sonriendo, que pobrecito, me forró la parte mía del sofá con una telita incrustada en flores para que me sintiera en el campo.

Muy, muy cariñoso conmigo, doctor. Y mi marido para no ser menos, forró su parte con un tapiz lleno de letras y frases famosas, como para alguien que habla con propiedad, ya que a él le venía de herencia eso de hablar bien. Y a su hijos, los cinco que tuvimos HACIENDO EL AMOR, (*recalca*) les enseñó primero las letras y luego a leer con aquellos *sofaescritos*. Y yo, doctor, sentadita allí, con un vestidito que me regaló para satisfacer mi deseo de estar entre matas, y que no lo jodiera más con eso -creo que me estoy pasando, doctor, con el lenguaje, no va a repetirse, perdone- que tenía bordado desde el cuello hasta la entrepierna una palma real, cargada de penachos, como las de mi tierra. Larga, doctor, como él y sus pies, que le dio por buscar con ellos los penachos de la dichosa palma. Y mete y saca pie en busca de éstos. Arriba y abajo, tanto que terminó por hacer trizas el vestidito y su palma. Me avergüenzo de contárselo, doctor, ¿pero a quién sí no?

Tuve que llamar al jardinero para que enmendara el desaguisado que se le había hecho a mi palma. ¡Tenía unas manos ese hombre! Como buen campesino conocedor de su tierra, que es la mía, ¡ya se lo había dicho, doctor? (*EL médico que ya no toma notas sino sólo escucha a la mujer, mueve la cabeza negativamente*) con meter sus manos por debajo del vestido, con mucho respeto, eso sí, sin rozar nada indebido, moviéndolas como se requería devolvió los penachos, uno a uno, a su posición.

Sin ninguna escuela, doctor, que no era de los Cuenca-Hermosa ni de ningún otro apellido doble, pero tenía su sabiduría.

(*EL doctor interrumpe la charla de la mujer para escribir algo en su ordenador y luego indica a la mujer que continúe*).

Eso sí, no quería saber nada con el progreso, no quería saber nada.

Cuando ese butacón entró por esa puerta, con todos sus cables y aditamentos, él se me acercó y me dijo al oído, “es eléctrico, señora...” Y me mostró este dibujo del asiento para explicármelo bien. (*El dibujo se proyecta en la pared detrás del doctor para ser visto por los espectadores*).



*Mujer continúa:*

Si tiene la silla ese hueco en el respaldar es para ponerle una tremenda bocina, me contó el jardinero, en la que supone, me dijo, se conecten los cables del vídeo, óigalo bien, doctor, para eso era la silla, ¡para ver juegos de vídeo!, y por esas bocinas, me decía el jardinero, se pueden oír la música ¡y los estruendos de las bombas a todo meter!

“Es eléctrica, señora. No se le acerque”, me insistió el jardinero, poniéndome la mano en el cuello y bajándola por la espalda, suavemente, como acariciando a alguien en desgracia: no sé por qué, pero lo hizo y con mucho respeto como acostumbraba.

Y era verdad, tenía razón, sentí una corriente tal en toda mi espalda y tal convulsión del cuerpo que casi me desplomo. Tuve que alejarme del butacón y el jardinero corrió a traerme un vaso de jugo. De manzana, doctor, que es lo que acostumbro a tomar por aquello de *one apple a day keep the doctor away*, porque yo también se mi poquito de inglés, ¿sabe?

*(El doctor, que para entonces ya sabe lo que tiene que saber y hacer con la paciente, se recuesta sobre su butaca y escucha con deleite el final de la historia).*

Y aquel muchachón agarró en su desesperación al verme desfallecida un estetoscopio del maletín de médico de mi marido -que es médico como usted, doctor, pero de las mujeres no sabe nada-. Y el jardinero me dijo bajito “Si me deja ponérselo para auscultarla estará mejor todavía, señora”.

Lo que quiso decir no lo sé. Pero lo cierto es que cuando me lo colocó ya no se en dónde, porque de medicina eso sí que no sabía, fue algo muy raro. El aparatito en manos del jardinero venía cargado, parece de electricidad y no aguanté. Qué descarga de adrenalina, doctor. ¿Se dice así?

*(El doctor, sonriéndole, asiente con la cabeza)*

Y mi marido despreocupado de todo, sentado en su butacón con los pies quietecitos alzados tocando con sus deditos todos los botones de esa silla eléctrica, mirando a una pantalla de televisión que cubre la mitad de la pared frente a él, jugando a cuanto juego se vende por ahí. Matando a cuanto enemigo se le presenta, bombardeando a cuanto pueblo se le rebela, arrollando a cuanta anciana le pase por delante del auto si ésa es el arma mortífera del juego.

Ya no le ofrezco café, pues ni me escucha cuando lo hago. Ni ganas tengo de hacerlo. Me voy afuera a un banco como ése que se ve desde aquí (*señala el jardín y un banco de espaldas al edificio*) y me siento con el jardinero a oír su música. Esa que dice “y que te sientas mujer solamente conmigo...” ¿No la ha oído, doctor? Ese jardinero es una bendición, me mantiene las florecitas de mi vestido siempre vivas. (*Se levanta de la silla y se gira mostrando todo el vestido lleno de florecitas de colores*). Yo no sé cómo lo hace, pero nunca mueren como aquella palma real. Con sólo pasarle la mano para arreglar los pliegues de mi vestido parecen humedecerse. Así lo siento en el cuerpo cuando lo hace. Todo húmedo. No sé.

*(Larga pausa.)*

Pues eso fue lo que pasó. Se cambió el sofá y todo se vino abajo. Yo terminé en el hospital cuando me dieron las convulsiones y de ahí mis hijos en cónclave echaron al jardinero y me mandaron aquí, ¿por qué? ¿Qué he hecho mal?

*(El doctor toca un timbre y da una orden a través de un intercomunicador en voz baja.*

*La puerta del salón se abre y entra un joven sonriente, un enfermero disfrazado de jardinero.*

*Trae en sus manos un radio portátil y unos auriculares. El médico le hace una señal y él sin dudarlo se acerca a la mujer, que al verlo se levanta para dejarse llevar.*

*Ambos se dirigen a la puerta que da al jardín y se encaminan hacia el banco cercano. Mientras, él le coloca en los oídos los auriculares.*

*(Se escucha de fondo la música que la mujer acostumbraba a oír con el jardinero).*

**Los dos inventamos la aventura del amor**

**Llenaste mi vida**

**Y después te vi partir**

**Sin decirme adiós**

**Yo te vi partir...**

**FIN**